

LA AZAROSA VIDA DEL PRÍNCIPE DE VIANA

José Manuel CENZANO CATALÁN

cenzano@telefonica.net

El personaje "Príncipe de Viana" resulta familiar y harto conocido en Navarra. No en vano tiene dedicadas a su nombre calles y plazas en muchas localidades del Viejo Reyno, instituciones, premios, bodegas y generosos vinos que portan en la etiqueta de las botellas una réplica de su rúbrica en francés: Charles. No obstante, al tratar de profundizar en el conocimiento que la gente, en general, tiene acerca de la identidad de la persona, hallamos que con frecuencia se ignora el hecho de ser hermano de parte de padre (no hermanastro) de Fernando el Católico; que sus padres fueron Juan II de Aragón y Blanca I de Navarra; y su abuelo materno (y creador del principado de Viana como título para el heredero al trono del reino de Navarra) Carlos III el Noble. Resultará difícil resumir su apasionante vida en unos pocos folios, pero habrá valido la pena difundir el conocimiento íntimo (aunque breve) de tan ilustre personaje.

Carlos de Trastámara y Evreux nació en Peñafiel, en el castillo propiedad de sus padres por herencia de los Trastámara. Fue el primogénito de esta pareja principesca, y si bien su madre había estado casada en primeras nupcias con Martín de Sicilia (hijo de Martín el Viejo de Aragón) el único hijo que tuvo con él falleció a escaso tiempo de nacer. Cuando Fernando de Antequera recibió por medio del Compromiso de Caspe el derecho a suceder a Martín el viejo (muerto sin descendencia viva) acordó con el rey Noble de Navarra el matrimonio de su segundo hijo (Juan) con la princesa navarra que ya había regresado de Sicilia y renunciado al título de reina consorte, viuda y regente de la isla.

La noticia del nacimiento de un nieto varón causó en Carlos III una alegría exultante. Tanto que ofrendó al mensajero que le aportó la buena nueva, cabalgando desde Peñafiel a uña de caballo, un generoso óbolo. Al poco tiempo, reclamó la presencia de su hija Blanca en la corte de Olite para poder hacerse cargo de la adecuada educación de su previsible heredero, dentro de las cualidades que debían adornar a un príncipe renacentista: vasta cultura, habili-

dad diplomática, cultivo de artes, letras y deporte, y desarrollo de un talante negociador por encima de cualquier afán guerrero.

El edicto de creación del Principado de Viana se publicó en Tudela en fecha del 20 de enero de 1423, y al mencionado título, que correspondería en lo sucesivo como distintivo del heredero acreedor del cetro real, se adjuntaron rentas y prebendas para el oneroso mantenimiento de la casa del príncipe, abarcando la propiedad de pueblos, villas y castillos (señorío de Corella, Cintruénigo, Peralta y Cadreita, Campezo, Buradón...). El rey Carlos murió cuando su nieto apenas contaba cuatro años.

La vida del príncipe de Viana, Carlos de Trastámara puede separarse en dos etapas bien diferenciadas de aproximada duración entre sí.

La **primera época** se corresponde con su esmerada educación en la que aprendió a hablar cinco idiomas, traducir lenguas clásicas, tocar instrumentos musicales, componer poemas, adquirir habilidades tales como tiro de arco y balles- ta, nadar con agilidad y ser buen jinete. A los dieciocho años contrajo matrimonio con Agnes* de Cleves (o Cleveris) emparentada con el duque de Borgoña. La vida de los príncipes



D. CARLOS Príncipe de Viana.
Facsimile de una miniatura del año 1430 que se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid.



Juan II de Aragón

resultó placentera, en un marco de lujo que en el castillo de Olite gozaba de hermosos tapices, jardines colgantes, zoo de animales exóticos y frecuentes representaciones teatrales y circenses (acróbatas, juglares, justas). No obstante, la muerte de la reina Blanca y el subsiguiente matrimonio del padre con Juana Enríquez vinieron a ensombrecer la vida muelle de palacio. El príncipe Carlos devino a ocupar el cargo de lugarteniente del reino de Navarra con la permanencia de su padre como rey (consorte), pero dedicado a salvaguardar los intereses de Aragón, cuyo monarca, Alfonso el Magnánimo, había sucedido a su padre Fernando de Antequera y fijado su residencia



Agnes de Cleves, Princesa de Viana.

habitual en Nápoles para mejor control del Mediterráneo. Los primeros roces en su relación con la madrastra surgieron cuando Juana Enríquez comenzó a menospreciar a Agnes de Cleves en desleal competencia (ambas eran de edad similar) e interferir con el príncipe en asuntos de gobierno.

La segunda etapa de la vida de Carlos de Viana da comienzo con el deceso de su esposa y el recrudecimiento de las discusiones con su padre acerca de los derechos al trono de Navarra. Por fórmula testamentaria correspondía el cetro al Príncipe de Viana, por voluntad tanto de su abuelo Carlos III como de su madre, pero... una cláusula perniciosa precisaba que debía contar con la anuencia y concesión de su padre (Juan II) para poder coronarse rey y jurar ante las cortes. La terquedad de Juan II en no renunciar como rey impidió la sucesión de Carlos de Viana *sine die* y dio origen a la confrontación armada entre beamonteses (partidarios de Carlos, encabezados por Juan de Beaumont) y agramonteses (dirigidos por Mosén Pierres de Peralta). El conflicto se acrecentó cuando el príncipe de Viana recibió la ayuda y apoyo militar de Castilla, y Juan dispuso del ejército aragonés a favor de su causa.

En la batalla de Aibar, Carlos tenía casi derrotado a su padre pero, conmovido por la compasión filial, le dio tregua, la cual permitió su rearme y aprovechar la retirada de los castellanos para invertir la ventaja y apresar a su hijo.

Carlos de Viana pasó un calvario con encarcelamientos sucesivos en Tudela, Mallén, Zaragoza, Monroyo y Morella, y un tiempo retirado al amparo de Castilla en Segura, al pie de la sierra de Aralar. Tuvo una amante, María Armendáriz, que le dio una hija. De haber sido ese fruto varón, se habría casado con María para reconocerlo primogénito y heredero, pero al ser hembra y mantenerse un ambiente bélico tan asfixiante, decidió que la amante contrajera matrimonio con su secretario, Francisco Barbastro, y dejar a la niña, (Ana) bajo su tutela y protección, además de proporcionarle apellido. Ordenó que se le aportara una generosa dote para manutención y educación conveniente a

su rango. La niña que fue su primogénita, casaría en 1470, con don Luis de la Cerda, primer duque de Medinaceli como Ana de Navarra y Aragón.

A la vista de las pésimas relaciones establecidas con padre y madrastra, tomó la decisión de trasladarse a Nápoles y ponerse al amparo de su tío Alfonso el Magnánimo que lo recibió exactamente con su proverbial "magnanimidad".

La vida del príncipe en la tierra italiana perteneciente al reino de Aragón, experimentó un cambio sustancial en su ánimo y, de modo especial, en sus costumbres. Su furor sexual se desató de manera explosiva. Aunque encontrara en Brianda de Vaca (o de Vega) una compañera comprensiva y amable que no dudó en abandonar a su marido para atender al príncipe hasta el final de sus días y le dio a su hijo Felipe, la curiosidad por conocer y seducir a las mujeres que hallaba a su paso carecía de límite. Mantuvo relación con Margarita Panormitana (natural de Palermo) sobrina del monje Luigi Luchessi, y tuvo a su lado a la joven Cappa, bella muchacha que le dio otro hijo (Juan Alfonso) que llegaría a ser prior del Monasterio de San Juan de la Peña.

La muerte de su tío Alfonso sin descendencia legítima para sucederle como rey de Aragón, ascendió al trono su hermano Juan (padre de Carlos de Viana) que vio culminado su sueño de verse convertido en rey de Navarra y Aragón. A Carlos se le ofreció el reino de Nápoles

* En la lápida mortuoria de la catedral de Pamplona figura como Anna ¿error de transcripción de Agnes?

les, pero declinó la propuesta en favor y consideración a su primo Ferrante, hijo bastardo del Magnánimo y acogido a una legislación menos rigurosa que le permitía reinar pese a su bastardía (no así en Aragón). Su decisión pasó por abandonar Nápoles y trasladarse a Sicilia, de donde guardaba emotivos recuerdos originados en las anécdotas referidas por su madre. Allí encontró la devoción que los sicilianos habían profesado a su reina Blanca. La defensa que les había dado contra el conde de Módicea, la conquista de Cerdeña... Y tantos episodios triunfales.

Durante la estancia en Sicilia, el príncipe dedicó gran parte de su tiempo a la literatura. Escribió "Los milagros de San Miguel in Excelsis", comenzó el tratado de "Crónicas de los reyes de Navarra" y tradujo "La Ética" de Aristóteles. Y también mantuvo correspondencia abundante con sus leales de Navarra, en especial con su ayo y tutor Juan de Beaumont y su hijo Luis.

Ante el impetuoso deseo de regresar a Navarra, Brianda le aconsejó ponerse en contacto con su padre y solicitarle perdón y permiso para su retorno. La respuesta, aunque se hizo esperar, fue autorización de vuelta por etapas. La primera condición era recalar en Mallorca sin pisar tierra firme catalana, antes de confirmar el encuentro previo con el padre. Organizó el regreso consiguiendo una leve flota que lo acompañara (cinco barcos); la nave que lo transportaba tuvo avería y echó ancla en Salou, pero el rey prohibió a su hijo dirigirse a Barcelona obligándole a continuar viaje, una vez hecho el arreglo de la embarcación, y arribar en Mallorca. Aunque le había prometido alojamiento en el castillo de Bellver, finalmente fue destinado a permanecer en el palacio Almudaina.

No tardó Carlos en querer conocer los diferentes territorios de interior de la isla, de manera que solicitó alojamiento en una alquería de Felanitx (alquería roja) a cargo de Juan Colom, teniente del castillo de Sampueri. La hija del hacendado fue la encargada de atender las necesidades del príncipe con lo

cual no tardó en quedar encinta. En la actualidad, el historiador Verd Martorell sostiene la hipótesis de que el fruto de esta relación crecería hasta convertirse en Cristóbal Colón, descubridor del Nuevo Mundo. Se basa para tal afirmación en la coincidencia en la fecha de nacimiento con la del intrépido navegante y en la explicación de la financiación del viaje por los Reyes Católicos, coherente con la circunstancia de ser un sobrino (hijo del Príncipe de Viana, hermano del rey) el solicitante de tan dispendiosa cuantía para sufragar el gasto de tres carabelas. También encontró consuelo amoroso en la hermosísima joven Guiomar de Sayas.



*Príncipe de Viana,
por José Moreno Carbonero.
Museo del Prado.*

Tras unos meses de permanencia en Mallorca, Carlos decidió desobedecer los deseos de su padre y embarcar de nuevo para acudir a Tarragona con la intención de encontrarse con los reyes en su camino hacia Barcelona. Esperó sin buscar lugar donde alojarse en tanto los soberanos no decidieran el suyo, como forma de respeto y por temor a molestarles con su intrepidez.

A la llegada de la comitiva real, el príncipe se postró de rodillas junto a la cabalgadura de la reina Juana Enríquez para besarle el pie, pero ella desmontó de la yegua y besó a su hijastro en los labios. Se prosternó ante el rey que le mandó levantarse y aceptó su petición de perdón.

Durante la permanencia, tanto de los reyes como del príncipe en Barcelona se sucedieron enjambres de intrigas. Mientras el pueblo de Cataluña denostaba al rey, mostraba su afecto y consideración hacia su hijo, aceptándolo como primogénito y heredero, en detrimento del vástago tenido con Juana Enríquez llamado Fernando (el Católico, en el futuro). Por otra parte, no gustaban las propuestas matrimoniales ofrecidas a Carlos de Viana que iban desde candidatas del reino francés (Magdalena, hermana del rey Luis) hasta Portugal (Catalina) pasando por la propuesta de enlace con Isabel de Trastámara, media hermana de Enrique IV de Castilla (el impotente). Las desavenencias entre padre e hijo se recrudecieron hasta el extremo de quedar re-

ducido el príncipe en la prisión de Morella, bajo vigilancia de un hermano bastardo. Este apresamiento generó tal grado de malestar entre los súbditos catalanes y dio lugar a tantas protestas que el rey tuvo que recular en su decisión y ordenar a su esposa que fuese ella la encargada de liberarlo y llevarlo de nuevo a Barcelona.

Carlos ya se sentía debilitado y enfermo, pero consiguió con insistencia que Brianda fuera trasladada a su presencia para compartir su vida. Las Cortes catalanas, reunidas a capítulo formularon juramento de fidelidad que debía ratificar el Príncipe de Viana: <<Carlos, hijo primogénito, legítimo sucesor del Reino de Navarra y gobernador general del Reino de Aragón>>. Para Cataluña, la personalidad de Carlos de Viana constituía el modelo ideal del príncipe perfecto: a su apariencia distinguida de modales elegantes y discretos, había que añadir su talante sereno, la demostrada probidad, el sentido de la honradez y justicia; su comportamiento sensato, equilibrado y racional; su vasta cultura, la inquietud intelectual, y su vocación de servicio para el conjunto de los súbditos. Conforme crecía la admiración, respeto y estima hacia el hijo, se hundía la fidelidad y lealtad para con el padre. Además, cada vez aparecían mayores dificultades y obstrucción para hallarle esposa que prolongara la estirpe. No a Isabel de Castilla por obstinación de los reyes para reservarla para su hijo Fernando.

No a Catalina de Portugal, por sentirse el rey portugués desairado por el inoportuno rechazo después de haber sido previamente aceptada. También no a la candidata de Francia por temor a los intereses políticos del país gallo. No, en definitiva, a abrir la línea hereditaria y sucesoria para Navarra.

La salud del príncipe siguió deteriorándose a paso galopante. Sus consejeros le recomendaron el matrimonio con Brianda de Vega que permitiría legalizar al hijo de ambos (Felipe), y al extraerlo de la bastardía ser considerado legítimo a efec-

to sucesorio a los derechos sobre el reino de Navarra, pero Carlos interpretó que tal posición podría reabrir la herida mal curada entre beamonteses y agramonteses y regresar a la guerra civil. Su petición fue que Felipe se acercara y pusiera bajo la protección y servicio de su tío Fernando, en lugar de competir con él por unos derechos difíciles de conseguir.

La muerte le acaeció el día de Santa Tecla, atendido por su inseparable Brianda. La autopsia desveló unos pulmones ennegrecidos y destrozados. Barcelona lloró su deceso, venerándolo como santo (SantKarles) y repartiéndose fragmentos de su ropa como reliquia. Su secretario no tardó en seguirle en el paso hacia la eternidad, y la aparición de lesiones pulmonares análogas a las de su señor despertó la sospecha de asesinato por envenenamiento en ambos casos, pero sin prueba fehaciente de confirmación.

El entierro de los restos mortales (excepto el antebrazo derecho conservado momificado como reliquia) se llevó a cabo inicialmente en la cripta de Santa Eulalia en la catedral de Barcelona, pero fueron exhumados más tarde y trasladados a Poblet, al panteón de reyes de Aragón. En la actualidad permanecen en una urna de cristal transparente mezclados con huesos de alguna otra persona (la pelvis es femenina) como consecuencia de la profanación de tumbas llevadas a cabo en diferentes guerras y tras la desamortización de Mendizábal.

Las guerras entre bandos de agramonteses y beamonteses supusieron innumerables pérdidas de vidas humanas, empobrecimiento extenuante para el reino, y merma en la influencia política con los otros reinos vecinos (Castilla, Francia y Aragón) y supusieron un enfrentamiento civil entre partidarios de ambos bandos que se prolongó hasta la integración forzada de Navarra en Castilla en 1515. ■



Juana Enriquez, Reina de Aragón y madrastra de Carlos de Viana.